

Aún recuerdo..

Dubium

Aún recuerdo...

Aquella mañana somnolienta, parecían rutinaria como cualquier otra del otoño granadino. De camino a la facultad de medicina, la niebla dibujaba en las calles contornos dudosos, como una aguada en movimiento. Tenía clase de médica a segunda hora, y mi ánimo estaba como el día; finalmente hice de tripas corazón y me presenté en la Facultad, dispuesto a soportar el hablar monótono, a veces desabrido, de Don Julián, profesor titular de la asignatura; profesor peculiar, alto, gesto adusto y bigote a lo Hércules Poirot. Ese mismo día fui nombrado alumno interno, lo que suponía una mayor participación en las salas de enfermos y conocer, desde ese momento, los problemas que me acompañarían a lo largo de mi vida como médico. Tuve la estimulante sensación de un cambio significativo, como un premio que me invitaba a la transformación de sentimientos, cambiando la monotonía de frías asignaturas por la sensibilidad que despierta el dolor de los enfermos. Por supuesto, me sirvió para conocer a fondo, sin prejuicios, la verdadera personalidad de Don Julián, profesor al que debo mi auténtico despertar, el cambio que se precisa para pasar de la indiferencia a la responsabilidad. Comenzaba una etapa nueva de mi vida, el día fue otro, la niebla desapareció y por la tarde pude ver, desde la Plaza Larga del Albaicín un atardecer de color ocre y un sol que se tapaba con los cerros que hay en el horizonte de la vega de Granada.

Los años siguientes, hasta acabar la carrera, oí de D. Julián una frase que repetía con frecuencia: “El trato al enfermo debe ser como una sinfonía con sus cuatro movimientos: honestidad, paciencia, esperanza y sensibilidad, distintos entre sí pero capaces de armonizar la mejor oferta del médico al enfermo”.

Aún recuerdo...A Florencio, un enfermo complejo, con problemas respiratorios, (había sido minero del carbón) muy bien estudiado, paciente antiguo de nuestro hospital con un tratamiento adecuado pero con mala evolución. D. Julián nos reunió a los internos y nos dio su primera lección de honestidad: “Soy incapaz de frenar la mala situación de Florencio, por lo que recabaré la colaboración, la ayuda, de mis compañeros de Clínica”. Se consultó la opinión de otros doctores, y se llegó a la conclusión de que necesitaba revisar su tratamiento, y efectivamente mejoró bastante la situación de Florencio. D. Julián se desprendió de cualquier atisbo de soberbia, haciendo un canto a la sabia humildad, a la honestidad.

Aún recuerdo...A nuestra querida Antonia, octogenaria, solterona, buen corazón y verborrea sin pausas, como una letanía. D. Julián olvidaba el tiempo

oyendocasi siempre los mismos síntomas. “Paciencia”, nos decía: “No olvidéis que a la enfermedad se une la soledad, y nosotros somos su única fuente de conversación; necesita hablar, contar su vida, hay que escucharla, y así empezamos a curarla”. A lo largo de mi vida profesional he llegado a comprender que hablar con el paciente equivale a usar menos recetas en su tratamiento.

Aún recuerdo...A Pedrito, cinco años, leucemia aguda. Este niño marcó un momento crucial en mi vida porque fue la primera vez que me enfrenté a la muerte. La mirada de aquel niño era limpia, sin esquinas, directa, casi solemne en la sinceridad de su muda pregunta, de su inquieta sorpresa... ¿” Por qué tan pronto”?, parecía interrogarme. No supe que decirle, las palabras se agolparon en mi boca hiriendo impotentes mi conciencia. No pude decirle que la terrible hora llega sin remedio, que la vida a veces parece un bello desperdicio de esperanzas, que solo la fe puede mantener pero en ocasiones se muestra débil, insuficiente, que somos el argumento de una tragedia que se repite por los siglos de los siglos. Aquel día la muerte me pareció un error sin sentido y la vida muy frágil, de porcelana, colgada en una percha de dudas con caducidad establecida. Poco antes de fallecer, D. Julián lo tomó en brazos y anduvo con él por todo el hospital, riendo, hablándole, abrazándolo. Se fue Pedrito y con su pérdida algo se rompió dentro de nosotros, de todo el personal de la clínica. “La muerte de esa criatura es deprimente, no le encuentro sentido, alguien lo acogerá en su seno” dijo un D. Julián con voz cansada en la primera sesión clínica que hubo. En ese mismo instante comprendí el cuarto movimiento de la sinfonía del buen hacer médico: tener amor y sensibilidad con los enfermos, vivir sus problemas, sus miedos, estar muy cerca de ellos en esos momentos de debilidad y de dolor.

Aun recuerdo... Las tardes en casa de D. Julián con el café como excusa y que servían para hablar, comentar nuestros problemas, elucubrar sobre temas como la esperanza y la manera de ofrecérsela a los enfermos. “Quizás (nos decía) la mejor oferta de esperanza a un paciente sea una buena praxis, no olvidéis que la medicina progresa continuamente, la investigación no descansa y el médico debe procurar estar siempre al día”. Ocasionalmente hablábamos de mundos tan diversos como el de la música, el fútbol, pero indefectiblemente terminábamos recuperando nuestro tema preferido, la Medicina.

Aún recuerdo...Aquellos años de estudio, el fin de carrera, el comienzo de mi vida profesional en Madrid, Huesca, Zaragoza, llevando siempre un retrato virtual de D Julián en mi conciencia, intentando imitarle. Me adhiero a la doctora Ligia García

cuando recuerda que nuestro trabajo se realiza con seres humanos en un mundo que se deshumaniza, por lo que no podemos perder el objetivo principal que es relacionarnos personalmente con el enfermo y su entorno, sin olvidar el estudio y la aplicación de técnicas nuevas.

Ha pasado el tiempo y vivo de nuevo mis recuerdos, esos momentos jóvenes que hoy son nostalgia. Los días, ahora que me llaman viejo, son como arena de playa que de la mano escurre sin apenas sentir su falta. D. Julián, el profesor alto, seco y gesto adusto, encendió luces en mi camino. Fue mi mejor profesor, un gran amigo y el medico que me enseñó las asignaturas no lectivas, pero fundamentales, que se pueden resumir en amor al enfermo y sensibilidad para comprender su dolor. Julián volvió a su tierra de Salamanca, ya retirado, dejando huella profunda en mi vida. Me enteré de su fallecimiento, no quiero acordarme de la fecha, pero si recuerdo su estilo, su recia profesionalidad y su dedicación a los demás a través de la medicina. A lo largo de mi vida he intentado imitarle, siguiendo de la mejor manera posible esa norma sencilla pero esencial de curar, ayudar y confortar. Lo que de veras importa es dar tiempo a la palabra y al silencio, vivir la misma aventura que el enfermo, olvidando miedos y miserias. El enfermo es un mundo que pide ayuda, que quiere olvidar días grises de dolor e incertidumbre y vivir el carnaval de la vida como cualquier otra persona. El medico debe tener el suficiente interés ético para solucionar los problemas de salud del enfermo. D. Julián nos decía a los internos:” Paciencia y humildad, hoy sois alumno y sólo debéis obedecer y estudiar; cuando acabéis, será otra cosa, los pacientes confiarán, no solo en vuestros conocimientos sino en la ética necesaria para que solicitéis colaboración y ayuda en el caso de que sus problemas os sobrepasen”. Creo que el médico debe recoger, en todo momento, el sentir del enfermo y el de su inmediato entorno para cumplir con el deber sagrado de prolongar la calidad de vida de sus pacientes.

Lejos queda Granada, el embrujo de sus calles y terrazas, al fondo Sierra Nevada, y en la colina roja la Alhambra, con sus fuentes, sus misterios y mis recuerdos de juventud. Hace muchos años vivo en la ciudad de Zaragoza, mi otra patria chica, que me brindó su acogida y me regaló días importantes en mi profesión.

En mi memoria quedan retazos de aquel tiempo, pero también tengo días por delante para vivirlos intensamente, imaginando que, algún día, subiré por los hilos del universo para ver las manos que rigen su movimiento.